



CARLES MITJA

*"Aquí he escrito buena parte de lo que más me gusta de cuanto he escrito".*

## ¿Por qué Girona?

**D**e pronto descubrimos que vivimos pendientes de ciertos ritos y que la ruptura de esa dependencia crea más sensación de malestar que de libertad. Desde hace casi veinte años uno de mis ritos es la dependencia de Girona, esa inversión de la "huida hacia el sur" por la "huida hacia el norte" y ahora se me pide que de explicaciones: ¿Por qué Girona? Soy poco amante de las grandes abstracciones geográficas y en geografía, aunque parezca una disciplina llena de puntos cardinales, también cabe la abstracción. Recientemente un periodista de *Liberation* me preguntaba si yo me sentía español o catalán y le contestaba que lo que yo más me sentía era barcelonés y si hubiera sido sincero del todo le habría añadido que yo de donde realmente "me siento" es de la Plaza del Padró.

Por eso, aun siendo cierto que Girona forma parte de mis ritos, soy más sincero al añadir que de toda ella escojo el Empordà como punto de referen-

cia. Sin duda todo empezó por el mito de la Costa Brava, el descubrimiento fascinado de su entonces aun más salvaje relación entre roca y mar. Pero a continuación vino el Empordà, esa retaguardia de país real que queda casi intacta a dos centímetros de la cosmopolita costa de todos y de nadie. Ahí estaba ese paisaje hecho a la medida del sentido del espacio y el tiempo del hombre sin prisas. Confieso que mi relación con estas tierras no fué inicialmente todo lo leal que ellas merecen. Acuciado por una dura crisis profesional acepté poner los textos a un libro fotográfico sobre la Costa Brava, con la desfachatez implícita en el hecho de que en el momento de aceptar el encargo yo sólo había estado una vez, en autocar, en Blanes y otra, unas horas, en Begur. Afortunadamente las fotografías era muy buenas y suplieron, aun suplen, las insuficiencias del texto.

Luego ya me fui acercando a la maravilla física de la costa, con timidez inicial tanto en la regularidad

como la duración temporal, para acabar casi establecido en una isla medieval que me ofrece la sensación de extratiempo y el espectáculo de las Gavarres como final feliz del horizonte, como final feliz del tiempo y del espacio. Tengo además el proyecto, sin duda alguna penúltimo, de vivir definitivamente aquí, compensando la fugacidad del tiempo con la intensidad de los días llenos de detalles aportados por la naturaleza, pero ojo con esta palabra, porque en el Empordà, al igual que en Perigord o en la Toscana, la naturaleza no devora ni amenaza: hace una consoladora y emocionante compañía.

Aquí he escrito buena parte de lo que más me gusta de cuanto he escrito. Tengo la oportunidad de dejar la obsesión de la letra y salir a recibir una oportuna dosis de lejanía en verdes suficientes, en marrones casi siempre rigurosamente agrícolas. Esta es una tierra que acompaña sin pedirte un anillo con una fecha por dentro, con más devoción de amante que de esposa, no por facilitarte las cosas, sino como consecuencia de su propio ensimismamiento. Es una tierra en el fondo muy suya, habitada por gente muy suya y bastante cómoda que te permite ser el que eres y al mismo tiempo convivir con personas que parecen haber sido creadas por Josep Pla con alguna ayuda, no lo discuto, de la Divina Providencia.

**M. VÁZQUEZ MONTALBÁN**



PUNT DIARI

*"En el Empordà, la naturaleza ni devora ni amenaza: hace una consoladora y emocionante compañía"*